

Responsabilidad y Existencia Humana

Juan B. Arrien, S. J.

En la lucha interna de nuestras naciones centroamericanas, en pro de un progreso y de una madurez actuales, nos enfrentamos a problemas, que en su prolongada raigambre, suponen un peso muerto, un frenazo en nuestras aspiraciones. Es frecuente formular juicios, más o menos reales, más o menos pesimistas, que lanzados a la publicación inquietan y por lo mismo hacen reflexionar. Por doquier recogemos comentarios: Se habla de inestabilidad política, de excesiva ligereza, de escasa madurez, de frecuentes revoluciones poco pensadas, de falta de moralidad, de continuos divorcios... etc. Vista de conjunto bastante real, pues no podemos negar que esas realidades tienen convivencia aceptada en los diversos ramos de la vida privada, pública y profesional.

Pero ¿podemos resumir en una realidad, reducir a una actitud, cuanto se nos achaca? ¿Hay una raíz que produzca un tronco sostenedor de tan extenso ramaje? Recuerdo que el Dr. Velasco Ibarra, varias veces presidente de la República del Ecuador, martilleaba siempre, en cualquier circunstancia que se le ofrecía de expresión, la falta asombrosa de **responsabilidad** personal y colectiva. A su juicio esa falta era la explicación de todos los males, y a su vez, la imposibilidad de solución de todos ellos. Apoyados en esta experiencia del magistrado americano ¿podemos hacer extensivo su severo juicio a nuestras repúblicas centroamericanas?

Esta interrogante ofrece propicia ocasión para escribir unas ideas sobre la responsabilidad, sus raíces, los problemas que esperan de ella adecuada solución, la fuerza positiva de la responsabilidad en la estructuración de nuestra personalidad.

Es un pequeño ensayo encaminado a hacer que el hombre cobre conciencia de su ser-responsable como fundamento de su existencia.

RAICES DE LA RESPONSABILIDAD

La filosofía existencialista es una filosofía que "llama". La exposición de la vida humana como algo peculiar y singular, entraña la apelación a realizar sus posibilidades originales. Al proyectar su atención escrutadora

sobre la vida humana lo hace siempre en el terreno de lo espiritual, en el de fondo. El hombre en búsqueda de una explicación se adentra en sí mismo, se interroga a sí mismo.

El hombre concreto, rodeado de cualquier circunstancia o situación, se encuentra **consciente**, se vive, se siente a sí mismo de alguna manera — se encuentra **libre** o con posibilidad de decisión — se encuentra **activo** o con una serie de actos realizados — le interesa la **dirección** de su conciencia, de su libertad, de su actividad.

El vivirse o el sentirse no es una mera contemplación existencial, erudo éxtasis sin proyecciones subsiguientes, horizonte cerrado a toda realidad que no sea **consciencia**. Inmediatamente surge una inquietud, una llamada "soy algo, tengo algo" a lo que debo oír; "soy algo, tengo algo" a lo que responder en mí. La respuesta a esa llamada hace nacer en mí la responsabilidad. Está fuera de duda que nuestra conciencia tiene algo que decirnos y que tal mensaje nos interesa esencialmente. Cualquier respuesta a esa llamada, cualquier atención a ella, el sólo caer en la cuenta, implica ya un contacto con la responsabilidad. De aquí la estrecha unión del hombre como ser-consciente y ser-responsable. Cuanto más consciente más responsable, cuanto menos responsable menos consciente. Así se explica que en razón directa del desarrollo de la consciencia evolucione objetivamente la responsabilidad. Reflexionando sobre los fundamentos radicales de ser humano, vemos que consciencia y responsabilidad constituyen dos hechos fundamentales de la existencia humana.

Cualquiera que sea la definición con que queramos expresar la vivencia práctica de **libertad**; siempre nos enfrentaremos a una decisión por una cosa con preferencia a otra. Esta decisión nos habla de posibilidad y de capacidad para hacer algo que se atribuye a mí. El hombre debe elegir entre diversas posibilidades. El hombre es posibilidad de realización de valores, es posibilidad de autorrealización. La libertad no se tiene como algo que se puede perder, la libertad soy yo. Lo decisivo es siempre el hombre, este ente que constantemente decide lo que hará o habrá de ser en el instante siguiente. El "si vis" del Evangelio deja al hombre pendiente de múltiples respuestas, de múltiples actitudes. Todo se relaciona conmigo soy el dueño de ello, el responsable de ello. De aquí que la libertad esté cargada de responsabilidad. El hombre, en cuanto tal, comienza allí donde es libre, sólo entonces es un ser: ser-responsable, sólo entonces es propiamente hombre.

Además del ser facultativo que es el hombre, podemos ver en él un ser "**de hecho**". La vida humana es un actuar continuo como realización y ejercicio de la libertad. El hombre es responsable de lo que va a hacer, también lo es de lo que ha hecho. Tanto el hecho reprehensible como el hecho laudable, oídos convenientemente, engendrarán, el reconocimiento de la culpabilidad el primero, la vivencia de satisfacción el segundo. Ambos como míos me declaran ser responsable de ellos.

No cabe la menor duda que la consciencia, la libertad, la actividad del hombre afirman una relación intencional y **final**. El hombre consciente y como tal con obligación de afirmación, el hombre libre y como tal creador de actos estrictamente suyos, el hombre realización y como tal juez de sus hechos, se muestra perseguido por una finalidad, apunta lejos... a

un fin. Un "para qué" insistente rodea la existencia humana. La mente regula toda actividad. Ella ilumina una meta con un camino prefijado. Del yo depende seguir la dirección señalada, alcanzar la meta verdadera. El fin me hace responsable, es una responsabilidad. Será el fin de cada acto, de cada obra, el fin supremo de nuestra existencia. Todo fin parcial o total hace surgir en nuestro ser la responsabilidad.

PROBLEMAS QUE ESPERAN A LA RESPONSABILIDAD

"El ser humano es un ser responsable". Es la verdad que recogemos al contacto íntimo con nuestra naturaleza. Una cosa es, sin embargo, que nuestro ser sea esencialmente responsable, otra muy distinta, que vivamos y actuemos de acuerdo con esa responsabilidad.

De hecho, si se quiere contra nuestra voluntad, sin permiso nuestro, sin consultarnos a nosotros, se nos imponen un conjunto de problemas, los cuales se resolverán... son todos finitos — pero que con nuestra actuación **responsable** adquirirán un sentido de valor personal y colectivo.

—Tenemos que hacer nuestra vida, darle un sentido digno del hombre y de la eternidad. (responsabilidad de nuestra vida)

—La vida en concreto se hace mediante el trabajo. (responsabilidad del trabajo)

—Hay un factor que parece detener nuestro trabajo en hacer y dar sentido a la vida. Es el dolor fracaso o dolor enfermedad. (responsabilidad del dolor)

—Hay un factor que facilita el hacer y dar sentido a la vida. Es el amor. (responsabilidad del amor)

Muchas veces nos quejamos de la vida, cuando en realidad ella debiera quejarse de nosotros. La vida es una respuesta de nosotros mismos. Vivimos. Parece que una realidad pasiva nos sostiene, cuando lo lógico y tremendo es que nosotros tenemos que hacer nuestra vida, de nosotros depende su **sentido** y su valor. Este es nuestro deber y por ende nuestra responsabilidad.

No pocas veces esa vivencia "sentido de la vida" hace estremecer a la naturaleza. Tenemos miedo de enfrentarnos a ella, de usarla cuando pensamos en su significado recóndito.

Frente a este deber hay posturas de fracaso (falta de responsabilidad) y posturas de conquista (actuación de la responsabilidad).

Cuántas veces advertimos en nuestros países, los domingos, que muchos dominados por el vacío y la falta de sentido de su vida, que entonces se manifiesta a su consciencia; se sienten deprimidos, y llevados del horror de su vacío, van a refugiarse en la embriaguez.

No pocos hacen de su vida una entrega incondicional al placer, sin querer admitir a posteriori, que si el placer fuese realmente el sentido de la vida, habría que llegar a la conclusión de que la vida carece, en rigor, de sentido.

Por fin la fatiga del vivir empuja a muchos al suicidio. Tampoco en la vida se resuelve ningún problema echando la vida por la borda...

La vida exige un apoyo espiritual trascendente, Dios. El hombre, solamente puede llevar, lo que merece llamarse una existencia, si tiene un punto fijo en el horizonte del porvenir. Así podemos afirmar que "quien tiene un por qué para vivir es capaz de soportar cualquier cómo". Encuadrando la afirmación dentro del concepto verdadero y cristiano ese por qué será en último término Dios. En El nuestra vida y responsabilidad tienen un apoyo seguro.

Tenemos que hacer nuestra vida. Esta verdad parece muy general y por lo mismo algo lejos de nuestra estimación práctica. Lo importante es cómo hacer nuestra vida.

La respuesta exacta será una respuesta activa dentro de la concreción de cada día, que es el espacio concreto del ser humano, ser-responsable. Este espacio concreto lo ocupa a su vez **el trabajo del hombre**. El trabajo es el medio de que disponemos para hacer nuestra vida. De aquí su responsabilidad. Además nuestro trabajo privado, el que tiene una finalidad particular, posee otros motivos de responsabilidad. Hoy apenas hay actividad sin relaciones sociales. Nuestro trabajo tiene también una responsabilidad social.

En el fondo no importa el ramo donde realizamos nuestro trabajo, ni siquiera la categoría de él. Lo importante es la disposición del que lo hace y el cómo lo hace. Esto es actualizar la responsabilidad, esto da valor a la vida del hombre.

En el recorrido más o menos glorioso de la existencia humana, hay obstáculos que dificultan y a veces parecen obstruir el sentido de la vida, parecen derribar nuestros esfuerzos de realizarla. Cuando se adueña de nosotros el dolor ya sea fracaso ya enfermedad, tenemos tentación de afirmar que toda lógica sobra, que toda verdad es falsa.

No obstante la frecuencia del dolor nos debe hacer pensar en su responsabilidad. También hay **responsabilidad ante el dolor**. Pese al dolor hay que afirmar la existencia, hay que decir un sí a la vida.

El hombre tiene en su haber valores de creación, valores vivenciales, valores de actitud. Por los valores de creación — sus hechos — enriquece al mundo, por los valores vivenciales goza de la naturaleza y de la belleza, por los valores de actitud se enriquece a sí mismo.

Al dolor se le reserva el valor de actitud. La vida del hombre no se colma solamente creando o gozando, sino también sufriendo. El hombre madura en el dolor y crece en él. Por eso el sufrimiento crea en el hombre una tensión fecunda que hace de él un ser superior. La enfermedad puede hacernos reflexivos, si no somos presa de la indiferencia y del egoísmo, muy propio de los enfermos, y si penetramos en el santuario secreto del sufrimiento. En su tabernáculo hallaremos a Cristo dando un significado y un valor trascendente al dolor. Tras ese encuentro no será difícil comprender el dolor cristiano.

En cambio hay un factor que afina el sentido de nuestra vida, que mitiga la dureza de nuestro trabajo, que acaricia los sinsabores de nuestro dolor. **Es el amor.**

¡Cuántas veces por esa su misión bienhechora nos entregamos a sus halagos dejando a un lado su responsabilidad! Tal vez sea la responsabilidad del amor la más descuidada, la que más sobra en nuestra vida. Nos hemos acostumbrados a ver en el amor una aventura pasajera con sus momentos de embrujo y ensueño. La juventud de nuestros países ha hecho familiar las relaciones eróticas superficiales, que en su inconsciencia pasan de largo lo que tiene de vínculo absorbente el auténtico amor. El flirteo viene a ser como una variante mezquina de personas. Una sustituye a la otra, y así continua la rueda, mientras la verdadera formación psico-sexual se deja a un lado. Sin una formación psico-sexual auténtica, sin un desarrollo armónico de maduración psico-sexual, no pretendamos poner freno a los divorcios subsiguientes, cuya lista aumenta cada día en los juzgados de nuestras ciudades...

El auténtico amor no se detiene en la estampa física de una persona, cuyo encanto hace brotar el impulso sexual hacia ella. Tampoco se detiene en alguna que otra cualidad psíquica que la otra persona "tiene" y de cuyos fulgores repentinos nos enamoramos. Esos son los ropajes externo e interno de algo más profundo. El auténtico amor penetra en la contextura espiritual de la otra persona, es atraído por lo que el ser amado "es", como algo único en el mundo, vive una verdadera compenetración con la otra parte, y vive la responsabilidad imperecedera, que los lazos imponen siempre a quien los contrae. Sólo esta actitud es la responsable ante el amor.

Y si estiramos un poco más la reflexión sobre nuestra esencia, si escuchamos más al fondo a nuestra vida, trabajo, dolor, amor; si miramos sus reflejos constantes de finitud... una verdad fundamental nos proporcióna la reflexión, una voz eterna llega a nuestro silencio, una transparencia de perennidad golpea nuestra mirada. ¡Todo trasciende a su ser actual, todo tiene relación con un futuro! El ser-para-la-muerte como meta del hombre existencialista se cambia en ser-para-la-eternidad como meta del hombre cristiano. Nuestra vida tiene una proyección que se pierde en la eternidad. Pero lo tremendo es que somos responsables de ella. No hay responsabilidad mayor que el decidir una eternidad. Esta es en último término la del hombre.

RESPONSABILIDAD, MASA, PERSONALIDAD.

Hemos abordado los problemas, cercanos al hombre, que deben recibir de él una respuesta responsable, para llegar al valor intrínseco, al sentido auténtico de su virtualidad.

Sólo así adoptará postura de hombre. Esta postura, el ejercicio de la responsabilidad ante sí y sus problemas connaturales, le va enriqueciendo, le va haciendo dueño de sí y sus potencias, le va preparando "un individuo", "una personalidad" firme al servicio de la sociedad. Porque el correr hacia la responsabilidad es correr hacia una valía abierta, lo mismo que el huir de la responsabilidad es correr hacia la conglomeración cerrada de la masa. La responsabilidad tiene un poder de construcción positivo, la irresponsabilidad un poder de desintegración.

Esto nos abre el camino a ulteriores reflexiones. 1) La masa es irresponsabilidad 2) Toda personalidad es perfecta responsabilidad.

1) La masa es irresponsabilidad.

Es cosa sabida. Es opinión general. La masa es corriente sin dirección, es fuerza descontrolada, es voluntad ciega. Pretende... sin saber qué. Exige... sin concretar qué.

No es fácil determinar ese conglomerado, no es fácil decir quién es, aun cuando se sepa dónde está y qué hace.

Ya Ortega se esforzó por una caracterización: "Recuérdese que al comienzo distinguíamos al hombre excelente del hombre vulgar diciendo: que aquél es el que se exige mucho a sí mismo y éste el que no se exige nada, sino que se contenta con lo que es y está encantado consigo. Es intelectualmente masa el que ante un problema cualquiera se contenta con pensar lo que buenamente encuentra en su cabeza. Es, en cambio, egregio el que desestima lo que hay sin previo esfuerzo en su mente, y sólo acepta como digno de él lo que aún está por encima de él y exige un nuevo estirón para alcanzarlo". Continúa Ortega: "Para mí nobleza es sinónimo de vida esforzada, puesta siempre a superarse a sí misma, a trascender de lo que ya es hacia lo que se propone como deber y exigencia. De esta manera la vida noble queda contrapuesta a la vida vulgar o inerte, que estáticamente se recluye a sí misma, condenada a perpetua inmanencia como una fuerza exterior no la obligue a salir de sí. De aquí que llamamos masa a este modo de ser hombre — no tanto porque sea multitudinario — cuanto porque es inerte".

La masa viene a ser el conjunto de esas unidades vulgares, inertes, que no se exigen, que están contentas de sí... y que por un fenómeno humano se unen a los de su condición. Parecen dejar su individualidad para convertirse en una colectividad. Ya su pensar no será propio, función de su entendimiento, será ajeno, función de la opinión. Ya su voluntad no será propia, función de una facultad interior, será ajena, función de la multitud.

Al perderse en la masa el hombre pierde su cualidad más propia y peculiar: la responsabilidad. El huir hacia la masa equivale en consecuencia, por parte de la persona, a huir de la responsabilidad individual. La tendencia a huir de la responsabilidad es en el fondo el móvil del colectivismo. La verdadera comunidad es substancialmente una comunidad de **personas responsables**, mientras que la simple masa no es sino la suma de entes despersonalizados.

El colectivismo conduce, en el enjuiciamiento de los hombres, al resultado de que en vez de personas responsables, sólo ve un tipo y en vez de responsabilidad personal ve solamente la sujeción del hombre a ese tipo único. La masa en cuanto tal carece de consciencia y responsabilidad.

2) Toda personalidad es perfecta responsabilidad.

Es curioso cómo el sentido de "individuo" de "peculiaridad" representa una perturbación para la masa.

Sin embargo el concepto verdadero de hombre exige que un "individuo", un ser "peculiar", aunque metido en el seno de la comunidad social.

No es novedad del existencialismo abogar por una existencia auténtica, dueña de sí, con tendencia incesante de superación, de perfección. Esto es propio del cristianismo desde muy antiguo con tal de nivelar ese esfuerzo personal con el fin sobrenatural del hombre, y de dirigirlo a Dios imitando a Jesucristo.

Tal vez la novedad del existencialismo radique en acentuar, con elementos vivos, el valor singular y existencial de cada persona, el afán desmesurado por una autorrealización llena de sentido y ambición estrictamente naturales.

Mitigando las exageraciones de su voz encontraremos algo de verdad en su delirio por el hombre, en la sinceridad de su corazón. Todos los que se han expresado con intención de explicar la personalidad se detienen por un momento en el hombre concreto y singular. El Cardenal Newman hablaba de **posesión de sí mismo, y de los demás** dueños de sí mismos, superiores a las seducciones del ambiente — soberanos de su reino, con influencia bienhechora en la sociedad.

Estas dos coordenadas — el hombre individuo y social — llegan a su máxima expresión de valor, llegan a su individualidad y sociabilidad perfectas cuando viven apoyadas en una auténtica responsabilidad.

La responsabilidad vital y actuada engendra un perfecto "individuo", "una personalidad". El hombre excelente es aquel que se exige mucho a sí mismo, aquel que es ser-responsable. No se concibe personalidad que no sea responsable.

Parece que el hombre a costa de esta individualidad propia viene a distanciarse de los demás. Sin embargo lo importante de esta individualidad responsable, es decir, el sentido de la personalidad humana, es que se dirige y refiere siempre a la comunidad. El sentido de toda la unicidad personal del hombre reside exclusivamente en lo que ella significa para un todo superior.

Siendo el hombre responsable un ser esencialmente social, es imposible que su responsabilidad no sea social. Si es responsable consigo, lo será con la sociedad.

Así tenemos que una perfecta personalidad es una perfecta responsabilidad.

Después de mucho divagar, es muy posible que hayamos sentido lo que es responsabilidad, sin que sepamos concretar una definición. Es cierto que estas realidades vitales se escurren de nuestro entendimiento cuando las pretendemos sujetar. Quedémonos con su capacidad de ser vividas. A este propósito se puede terminar con V. E. Frankl:

"Responsabilidad es aquello a que se siente uno "atraído" y a lo que "se sustrae". Indica que deben existir en el hombre algo así como fuerzas de resistencia que tratan de desviarse de su camino, que pugnan por descargarle de la responsabilidad esencial que sobre él pesa. Hay en la responsabilidad algo que se asemeja a un abismo. Y cuanto más y con mayor hondura pensemos en él, más nos damos cuenta de que se abre ante nosotros, hasta que por último nos sentimos dominados por una especie de vértigo. En efecto al ahondar con el pensamiento en la naturaleza de la

responsabilidad humana sentimos un escalofrío: la responsabilidad del hombre es algo espantoso, pero es también al mismo tiempo, algo sublime. Es espantoso saber que en cada instante pesa sobre mí la responsabilidad del instante siguiente; que toda decisión que tome, lo mismo la más grave que la más nimia, es una decisión tomada "para toda una eternidad", irrevocable; que en cada instante de mi vida realizo o desaprovecho una posibilidad, la posibilidad de este instante mismo. Cada instante que transcurre lleva en su entraña miles de posibilidades, pero a mí sólo me es dado elegir una para realizarla, condenando con ello a la muerte, al no ser, y también "para toda una eternidad" a todas las demás por las que no opto. Pero es al mismo tiempo sublime saber que el porvenir, no sólo el mío propio, sino también el de las cosas y los seres humanos que me rodean **depende**, en cierta manera — por muy pequeña que ésta sea — de las decisiones que yo mismo adopte en cada instante. Lo que yo realice por medio de ellas, lo que por medio de ellas "cree" yo, lo pongo en buen recaudo en el mundo de la realidad, librándose así de perecer. El hombre, sin embargo, es con frecuencia, demasiado perezoso para afrontar esta responsabilidad.

